

Homenaje a Rodolfo Santana

Entre tablas y películas

Carol Carrero Marrero*



ALBACIUDAD.ORG

El pasado 21 de octubre el dramaturgo venezolano Rodolfo Santana falleció, dejando un legado de 118 obras. Este artículo recorre brevemente la trayectoria del director teatral

Rodolfo Santana comenzó a los 19 años a formar grupos de teatro en las zonas populares de Petare. Después que le lanzaron piedras y tomates, gritaron groserías y se burlaron de los personajes en la primera obra que montó *El interés del mancebo que casó con mujer brava*, original de Miguel De Cervantes, reflexionó que el público boicoteó la obra no porque no le gustara el montaje sino porque no lo entendieron. Contaba que ello le dolió, pero comprendió que el teatro era una necesidad social tan importante como el sueño o comer.

En el video “Homenaje a Rodolfo Santana” que aparece colgado en *You Tube*, cuenta que en las obras siguientes eran impresionantes las carcajadas en las calles de esos barrios ante el humor de los personajes que reconocían inmediatamente pues como registra Alejandra Segovia, en la obra *Mirando a Santana*, las obras respondían a situaciones precisas, desde la falta de agua en los barrios hasta la agonía de un pintor como Bárbaro Rivas o la muerte de un ex boxeador loco a manos de la policía.

Esa vivencia en el barrio le vinculó al lenguaje y a la experiencia de las clases populares, que nunca abandonaría en las cinco décadas al servicio del mundo de la interpretación, condensada en alrededor de 118 obras. Buscó reflejar la violencia, la identidad, el sincretismo, la magia, la santería, el poder político y la influencia de los medios de comunicación como elementos característicos de la problemática social, lingüística y cultural del pueblo venezolano, con la pizca de humor que caracteriza al latinoamericano.

El dramaturgo, nacido en Guatire en 1944, no poseía ningún título universitario. A los quince años le mostró la primera obra que realizó a su papá, *Los balcones dorados*, quien después de devorársela lo animó a esforzarse y mejorar su trabajo. Cuando se graduó de bachiller le dijo a su padre que no quería seguir estudiando, porque lo que realmente le gustaba era escribir.

“En Venezuela existe el concepto de que poseo una capacidad prolífica inmejorable. Soy un semental del drama, según los comentarios. Un dramaturgo que se monta sobre la vaca creadora y escribe una obra cada día. Eso es falso. Escribo lentísimo, por eso es que no puedo trabajar para la televisión, que es tan emergente. Soy jardinero y cada obra me consume, por lo menos cinco años”, asegura en *Mirando a Santana*¹.

LOS FRUTOS DEL COMPROMISO

El autodidacta devorador de libros, ratón de cine como él mismo se calificaba, se vinculó a los procesos teatrales universitarios en 1969. Un año después comenzó a dirigir el teatro universitario de Maracay, dependiente de la UCV. Con la obra *La muerte de Alfredo Gris*, gana el primer concurso de dramaturgia promovido por la Universidad del Zulia y en 1970 recibe el Primer Premio Nacional de Teatro con *Barbarroja*. Ese galardón fue el detonante que le permitió, a los 26 años, entroncar definitivamente dentro de su oficio, y asumirlo inseparable a su existencia.

Rodolfo Santana fue un incansable investigador de las diferentes tendencias de la escena latinoamericana. En 1974 fundó el laboratorio de investigación teatral, dependiente de la Dirección de Cultura de la Universidad del Zulia. Su espíritu acucioso le llevó a convertirse en un autor de amplio espectro, capaz de pasearse por la aparente banalidad de *Baño de damas* (1986), que rompió niveles de asistencia en todos los países donde fue montada, hasta por los vericuetos profundos del *Ángel perdido en la ciudad hostil* (1990), obra merecedora del Premio Casa de las Américas.

Cuando el director de cine Mauricio Wallerstein, le pide que traduzca su obra teatral *La empresa no perdona un momento de locura* (1974), la pieza más vista en el teatro internacional, realiza su primer guión de cine. Jun-

to a Clemente de la Cerda realizó *Soy un delincuente II, El crimen del penalista* (1976) que levantó una gran polémica y logró que se reexaminara la manera como se movía y se aplicaba la justicia en Venezuela, *Compañero de viaje* (1979), *Los criminales* (1981), *El Caracazo*, dirigida por Román Chalbaud, entre otras.

En el año 2007 Santana declaró a *El Universal*: “Mi obra siempre ha estado comprometida con los procesos revolucionarios, mi teatro es testigo permanente de los procesos que viven Venezuela y América Latina, porque es allí donde se puede asentar un teatro nacional. En el campo del teatro yo no distingo polarizaciones, la polarización es panfleto. Todo teatro es político, mas no politizado, partidista, endeble, superficial o panfletario”.

EN ESENCIA

El hijo de Carlos Santana y Ana Salas, tuvo el don de convocar a través de su palabra escrita a otros artistas e interesar a espectadores de otros países. Nunca perdió su sencillez, su esencia de educador, ni el espíritu transformador. Fue un militante de izquierda fiel a las causas de su suelo patrio. “Mi venezolanidad es algo que está fuera de cuestión. Desorbitada. Alimentada por el pensamiento de Cecilio Acosta, Bolívar, Andrés Bello, Pío Gil, Urbaneja Achelpohl, Leoncio Martínez, Francisco Pimentel, Ayala Michelena, Mariano Picón Salas, el queso guayanés, las arepas, el mondongo y el pabellón criollo”.

Era un hombre de emociones, experiencias y de una intelectualidad intensa. Se dejaba desbordar por las mujeres y el buen vino. Tenía un ritmo particular de trabajo. “Como escribo en casa, o sea que siempre soy hogareño, soy un ejemplar masculino desusado (...). Me gusta cocinar, además, para mí es una terapia singular. Escribo por lo regular desde la siete de la mañana hasta las dos de la

tarde, pero en un íterin en busca de voltaje mínimo, a las once puedo dedicarme a preparar una comida suculenta”.

Rodolfo Santana siempre desplegó una energía desbordante para gestar o ser parte, en Venezuela o en cualquier punto del planeta, de festivales, foros, talleres e iniciativas al servicio del conocimiento del teatro y del cine iberoamericano. Sin embargo, al navegar por su vida percibimos que la mayor lucha que tuvo que librar fue consigo mismo.

“Mis grandes conflictos han derivado del manejo de la imaginación. (...) En 1978 inicié un estudio detenido de su composición para no volverme loco. En ese tiempo lo estaba, sin duda. Mantenía un estado de imaginación confrontante. Peleaba con un mundo que no era el gesto amable que esperaba. Mentaba la madre a los choferes que se comían la luz de los semáforos e irrespetaban a los peatones. Dos peleas y un exacerbado que me colocó una pistola en las narices, me indujeron a explorar más sobre la imaginación”, expresó en *Mirando a Santana*.

En los últimos cinco años de su vida, el maestro se dedicó a dictar talleres de dramaturgia y cinematografía y escribió nuevas obras. Coordinó la malla académica, en el área de guión, para la Escuela de Cine de la Universidad de las Artes. Preparó una antología anotada de la dramaturgia venezolana en sus últimos cuarenta años y fue nombrado por la Universidad de las Artes como Maestro Honorario.

“En esta época los escenarios agregan a su función estética una función crítica sobre los profundos cambios que remueven la condición humana”, manifestó. Su partida es solo una pausa en el interminable mundo de la interpretación.

*Periodista.

NOTAS

- 1 SEGOVIA, A. (2010): *Mirando a Santana*. Trabajo no publicado. Colección Premios Nacionales. Caracas: Editorial El Perro y la Rana.